

APOSTANDO POR LA PRODUCCIÓN DEL ESPACIO URBANO DE MANERA PARTICIPADA

Manuel Montañés Serrano
Julio Alguacil Gómez¹

“Entre tú, que habitas en mí, y yo, que también habita en mí, habita un espacio en el que habitamos los dos. No permitamos, pues, que sin contar con nosotros se transforme el espacio, ya que la transformación no sólo altera el entorno sino también a quienes habitan en mi yo, y, por ende, el yo albergante de ti y de mí”.

(MONTY, 2003)

INTROITO

Espacio urbano y participación son dos ideas que nos impelen a una relación compleja, a una transpenetración² entre dos dimensiones: una de ellas física y la otra conductual, que nos lleva a una síntesis: La praxis³ urbana. Pretendemos desarrollar ambos conceptos -espacio urbano y participación-, desde la praxis, entendida como una apertura de la complejidad (diversidad, coexistencia, integración, corresponsabilidad y alteridad), y desde su sentido más proyectivo de calidad en lo físico (del medio ambiente urbano), y de optimización en lo conductual (participación-apropiación), considerando que ambos conceptos se superponen y se retroalimentan hasta el punto de que cada una de ellos es inexplicable sin la presencia del otro. Es decir, el espacio urbano será de calidad cuando este sea generado desde un proceso participativo u óptimo. Igualmente, iniciar un proceso participativo real será más fácil si el medio físico es adecuado para la sociabilidad. Pero vayamos por partes para después intentar aproximarnos a la naturaleza de la praxis urbana.

LA PERCEPCIÓN ESPACIAL COMO REALIDAD CONSTRUIDA

El espacio percibido nos remite a un recorte de la realidad medioambiental, a modo de una fotografía que nos ofrece una parte de la realidad total. Algo en la que la subjetividad de cada cual interviene en el momento de seleccionar (de recortar)

una u otra imagen. Desde ésta perspectiva, el recorte, y, por ende, el espacio, dependerá de los ejes de coordenadas que se apliquen. Si bien, no es únicamente la posición en la que cada uno se encuentra la que limita el espacio visual, y, por tanto, el espacio, sino que hemos de tener en cuenta que la visión difiere aun compartiendo similares puntos topológicos de referencia. No sólo ser peatón o usuario habitual del automóvil condiciona la imagen que de la ciudad se tiene, sino que también los edificios, calles, plazas y los propios seres humanos que transitan por ellas son percibidos de distinta manera dependiendo de las características de quien observa. La edad, el género, la posición social, la actividad habitual desempeñada, etc. condicionan, sin duda, la percepción. El mismo elemento puede ser considerado una vía por donde transitar o la frontera que nos separa de otro lugar. E incluso los elementos pueden pasar desapercibidos, es decir, no es infrecuente no ver lo que otros ven: ¡cuántas veces nos hemos sorprendido por no haber visto antes algo por donde llevamos pasando durante mucho tiempo!. Si, por ejemplo, decidimos apuntarnos a un gimnasio, vemos locales dedicados a esta actividad en sitios donde nunca habíamos reparado en ello. Si comparamos los mapas mentales de diferentes personas que residen en la misma ciudad administrativa nos sentiremos tentados a decir que los autores de los mapas viven en distintas ciudades. Y así es, en efecto, viven en distintas ciudades, porque hay tantas ciudades como sujetos observadores de la ciudad. Por ejemplo, el Parque del Retiro madrileño no es percibido de la misma manera por la población inmigrante, que acude periódicamente allí para reunirse con sus compatriotas, que por quienes lo recorren haciendo footing, o por las parejas de enamorados que lo frecuentan. En definitiva, hay tantas percepciones como puntos de observación y como puntos de vista de los sujetos que observan.

Admitiendo la relatividad perceptiva medioambiental, tal vez, podría decirse, de cara a introducir, eliminar o alterar elementos construidos por el ser humano, con los que contribuir a la transformación espacial urbana, que una cosa es el espacio percibido y otra es el “soporte real” que proporciona los elementos con los que se procede a la construcción de lo percibido. Siendo, en consecuencia, sobre este supuesto soporte real sobre el que se debería actuar. Ahora bien, cómo podemos discernir entre el “soporte real” espacial y el espacio percibido por cada cual, cuando nadie puede situarse fuera de la realidad para observarla y luego contarnos al resto de los mortales como es realmente la realidad. **La realidad se produce (no que aparezca, sino que se produce en el sentido más literal de la palabra, esto es, que se crea, que se origina algo nuevo) en el interior de cada sujeto al inferir un determinado sentido a los estímulos recibidos.** Como es sabido, nadie ve árboles, casas o calles sino un conjunto parcial de estímulos luminosos que nuestro cerebro -y no nuestros ojos- le infiere su particular sentido. La realidad que llamamos objetiva no es otra cosa que el resultado de la actividad objetivadora del sujeto. En definitiva, la per-

cepción espacial no es una activa pasiva, esto es, el ser humano no se limita a la mera recepción de imágenes, sino que es activa.

Esta capacidad creativa que los seres humanos disponemos no sólo nos proporciona la posibilidad de construir realidad externa (sean materiales o no) sino también la construcción de uno mismo. El ser humano coexiste y se crea asimismo como sujeto mediante las relaciones que mantiene, en un medio social, y en un entorno físico. El sujeto es un elemento integrante de un medio que reconoce, usa y transforma al experimentarlo, recreándose y transformándose el mismo a través de esa experimentación. De tal suerte que el espacio deviene socialmente, se construye socialmente, lo que no quiere decir, como veremos seguidamente, que el producto de la producción del espacio (la ciudad) sea capaz de integrar a todos los sujetos en condiciones de interacciones recíprocas.

LA DECONSTRUCCIÓN EN LA PRODUCCIÓN DEL ESPACIO SOCIAL

La globalización neoliberal supone el dominio de unos sectores sobre otros, de unas disciplinas sobre otras, de unos territorios sobre otros, de la cultura transnacional sobre el resto, de unas funciones sobre otras..., supone, en consecuencia, una múltiple separación. **La globalización neoliberal podríamos entenderla desde tres vertientes que son recurrentes entre sí: la metropolitanización, la mundialización, la homogeneización.**

Un primer ejemplo es la tendencia a lo que denominamos como “metropolitanización” (urbanización “in extremis”), que supone la colonización del territorio (por tanto de la naturaleza), y la consiguiente separación de espacios y funciones. Ello es exponente de lo complicado y a la vez de lo simple. La separación de las funciones y las distancias generadas entre ellas representan rupturas de la vida cotidiana, que hacen la existencia del individuo más complicada. El fuera de juego del sujeto en los procesos de urbanización, la pérdida de cognición, percepción y control sobre un espacio fragmentado en el que tiene que moverse y actuar, hace la vida más simple. En contraposición podríamos considerar el modelo urbano preindustrial, más complejo (mezcla y confusión de funciones), y más sencillo por el mayor control e implicación de los sujetos sobre los procesos sociales de la vida cotidiana. Sus efectos perversos son directamente ambientales, y colateralmente son los efectos directos de las otras dos dimensiones. En resumen, es lo que se ha dado en llamar como “ciudad entrópica” (las ciudades como islas de calor y contaminación), que suponen una doble separación entre el sujeto y el objeto, y entre los sujetos. Su tendencia contrapuesta sería la sostenibilidad.

Un segundo ejemplo, es la controvertida tendencia a la “homogeneización cultural” (la aldea global), que supone, entre otros aspectos, la comercialización de la cultura y la destrucción de la sociodiversidad y de la diversidad cultural, junto a la paradójica aparición de los fundamentalismos. La unidimensionalidad en la cultura es sinónimo de empobrecimiento ante la disolución e inexistencia de otras referencias culturales, simplicidad a fin de cuentas. A la vez muestra rasgos de complicación en la medida que la adecuación de las culturas dominadas a la cultura dominante (aculturación), y el acceso a los bienes y servicios reificados como formas culturales es siempre difícil, conflictivo, desigual e inquietante. Su referente espacial es lo que se ha dado en llamar como “aldea global”, que supone una separación entre los sujetos. Su tendencia contrapuesta sería la democracia urbana y la gobernabilidad. Desde que en 1964 Marshall McLuhan acuñara el término de “aldea global” (McLUHAN, 1964), las conexiones transnacionales, tanto en su cantidad como en su variedad, han experimentado un considerable incremento, sin embargo, ello no nos puede obnubilar de tal modo que nos haga creer que vivimos en una cultura única mundial resultante de las interacciones entre todos los habitantes del planeta. La “aldea global” no ha de entenderse como un espacio en el que todos interactuamos con todos y las prácticas de todos se encuentran condicionadas por las actividades de todos los habitantes de planeta. La realidad es bien distinta, la industria cultural transnacional no nos acerca las distintas visiones que del mundo se tiene sino que proporciona a todos los habitantes del planeta imágenes de una inventada realidad no coincidente con la rica y variada realidad cultural que los seres humanos producen en los distintos lugares del planeta. No hay un intercambio centro-periferia bidireccional, sino que determinadas prácticas culturales, previo paso por el marketing de la industria cultural, se convierten en un producto cultural transnacional que poder vender en cualquier parte del planeta donde se disponga del suficiente poder adquisitivo.

Un último supuesto es la tendencia a la mundialización de la esfera de lo económico que, como es sabido, representa la máxima expresión de la división del trabajo y la mínima expresión de la autonomía. La división y la especialización, la concentración y las formas de distribución de la producción y de los productos, la competitividad..., hacen los procesos productivos muy complicados, mientras que la carencia de iniciativa, de creatividad, de control sobre el proceso productivo, que significa la rutinización del empleo existente, simplifica la vida de los individuos. Sus referentes serán lo que se ha dado en llamar “ciudad global” y “ciudad dual”, que supone una separación del sujeto de los procesos. Su tendencia contrapuesta sería la Cooperación solidaria.

Desde nuestra perspectiva, este modelo totalizador se hace posible por el desbordamiento de la urbanización en donde el concepto de ciudad pierde su propiedad más genuina para expresar una realidad territorial y demográfica que constituyen nebulosas multinucleares caracterizadas por la discontinuidad del modelo de ocupa-

ción del territorio. Aparecen así, nuevas acepciones sustitutivas del concepto de ciudad y de desarrollo urbano para definir una urbanización cada vez más indefinida e imprecisa: conurbación, aglomeración urbana, área metropolitana, megalópolis... Es incuestionable que el avance del modelo de la urbanización (metropolitano) va aparejado al retroceso de lo urbano (la ciudad) lo que lleva inevitablemente a una expansión en el terreno ideológico del pensamiento simple: entre los ámbitos extremos del alojamiento y la metrópoli apenas hay posibilidad de supervivencia para los ámbitos intermedios, tildados inadecuadamente de preindustriales, y como consecuencia de ello no hay lugar para la sociodiversidad, para la diversidad cultural, para las identificaciones diferenciadas, para la coexistencia, en definitiva, para la convivencia en la diversidad.

En ese sentido, Ledrut advierte como las “megalópolis constituyen un tipo de aglomeración colectivamente desintegrada, en la que el comportamiento de los agentes privados, e incluso el propio movimiento de la urbe, se halla prácticamente fuera del control de los agentes colectivos locales y de los delegados por una burocracia centralizadora, que trata más de limitar y paliar los efectos que de prevenirlos actuando directamente sobre las causas que los motivan” (LEDRUT, 1987: 50). Pero todo ello se produce, de esa manera, porque el problema radica en que el modelo metropolitano se sitúa suficientemente alejado de las funciones originarias de la ciudad (de la ciudad entendida como satisfactor de las necesidades humanas), para erigirse en la propia razón de su existencia, es decir, la metrópoli se proclama como objeto de producción y consumo que se reproduce así mismo, y en esta estrategia inconsciente se elimina o se limita la movilización y planificación urbana (como instrumento del control colectivo)⁴, y se destruyen las escalas urbanas intermedias susceptibles de permitir el control individual y colectivo. Ello es precisamente lo que apunta a la desintegración⁵. La antigua dicotomía campo-ciudad es sustituida por una nueva: centro-periferia que refuerza no solo las diferencias territoriales, sino que también incrementa las desigualdades sociales.

De acuerdo con la expresión de F. Jameson “la ciudad alienada es en primer lugar un espacio en el que la gente no consigue trazar una mapa (mental) ni establecer su propia posición o hacerse un cuadro de la totalidad urbana en la que se halla” (JAMESON, 1989). Este razonamiento no es nuevo, ya Kevin Lynch señalaba diversos factores que dificultan el desarrollo personal y la seguridad afectiva en las grandes ciudades, y, por tanto, dificultan la vida en las metrópolis contemporáneas. Lynch (1969: 248 y ss.) destaca fundamentalmente cuatro: 1) La carga de tensión perceptiva provocada por la sobreexcitación de múltiples solicitaciones que sobrepasan su capacidad sensitiva, 2) Carecer de identidad visual⁶, 3) Incomprensión de su lenguaje, 4) Rigidez metropolitana, que entra en contradicción con los requerimientos de flexibilidad de las relaciones interpersonales (DEL ACEBO, 1993: 198-200). Esos factores apuntados por Lynch, que muestran la estrecha relación entre las condicio-

nes existenciales y las capacidades cognitivas, determinan finalmente una cosmología única que sublima en el interior de cada individuo la propia dinámica urbana. Los problemas generados por la metropolitanización quedan ocultos por la rentabilidad a corto plazo y su aparente eficacia. La fe sobre la técnica como mito capaz de resolver los efectos colaterales provocados por la urbanización y la confianza de que ésta podrá reconducir cualquier situación por grave que sea, suprime no sólo la participación en los procesos urbanos, sino que además despoja a la sociedad de toda forma de pensar críticamente sobre las consecuencias del modelo de urbanización a largo plazo.

El problema, por tanto, estriba en que una reproducción de las estructuras sociales y territoriales basadas en el gigantismo, la acumulación, la competitividad y la separación de funciones, sectores, objetos, sujetos... provocan externalidades ambientales (y sociales) que comprometen la propia sostenibilidad y gobernabilidad de nuestras ciudades en sus distintos niveles urbanos. Resurge, como necesario, el volver a una escala de desarrollo humano (MAX NEEF & ELIZALDE: 1986) que se encamine a un cambio social, a un nuevo paradigma que se base en una conciencia social orientada en una dirección opuesta a los procesos entrópicos, en donde el “sujeto-en-proceso” (IBÁÑEZ: 1991) pueda incorporarse a los procesos participativos con los que habilitar soluciones a los problemas urbanos que afectan a la población de hoy y a las generaciones venideras. La participación es un mecanismo que se contrapone y contrarresta los efectos perversos de la ciudad entrópica, de la ciudad dual, de la aldea global. Pero la participación, en sentido óptimo, sólo se produce, a la misma vez que reproduce, en escalas de desarrollo humano, en ámbitos locales, en territorios dimensionados de tal forma que sean abarcables por el sujeto, ya que las posibilidades de los sujetos para implicarse en el proceso de toma de decisiones se encuentra en proporción inversa en relación a la dimensión del ámbito de actuación. Es indudable que la participación con mayor intensidad se puede dar con mayor facilidad y operatividad en la medida que el ámbito de actuación sea más pequeño y perceptiblemente más controlable. De la diferenciación relacionada con la diversidad de escalas se deriva la necesidad de distintos niveles y mecanismos de participación, no contrapuestos, sino complementarios, que en todo caso deben orientarse a una distribución social del poder⁷.

Consecuentemente, situamos el marco de este escrito en esa escala que de alguna forma define el espacio urbano susceptible de ser percibido, conocido, seguro, controlado, como para ofrecer oportunidades para una participación profunda y reflexiva capaz de establecer procesos de transformación en el diseño urbano.

POR UNA ESTRATEGIA SOCIOPRÁXICA PARA LA RECONSTRUCCIÓN DEL ESPACIO URBANO

Los efectos de la globalización tiene sus repercusiones sobre los espacios locales al seguir, en gran medida, los dictados de la especialización y de la razón técnica que depositan en los profesionales del urbanismo la interpretación de las necesidades y deseos espaciales de la población.

A veces, ante cierta presión social, o porque formalmente así está contemplado en las normativas urbanísticas, se solicita la participación ciudadana para que la población, de forma individual, formule las reclamaciones que estime conveniente ante un determinado proyecto urbanístico. Sin embargo, este modo de proceder no garantiza el que se atiendan las necesidades y se satisfagan los deseos sociospaciales de la población. No se consigue porque, por un lado, la incorporación o sustitución de algún elemento no modifica sustancialmente el proyecto inicial; por otro, porque no se tienen en cuenta la polisemia de todo significativo (de todo diseño). Se ha de tener en cuenta que la valoración, la percepción espacial, no es el resultado de la suma de las percepciones de cada uno de los elementos que configuran un todo. Si miramos una plaza, la valoración que hacemos de la misma no es la resultante de la suma de las valoraciones de los árboles, el mobiliario urbano, la fuente, si la hubiera, y los edificios que la configuran, sino que emitimos una valoración global en la que el todo no es igual a la suma de las partes. Percibimos de una manera hologramática en la que el todo está en todas y cada una de las partes que configura el todo. Por otra parte, creer que todo el mundo le otorga el mismo significado a un mismo significativo (léase diseño o proyecto urbanístico) nos lleva a no saber de qué hablamos cuando hablamos de lo que hablamos. No tener en cuenta la polisemia de todo significativo, nos puede hacer considerar, como iguales, deseos espaciales que tal vez no sean opuestos entre sí, pero si posiblemente diferentes. Por ejemplo, dos árboles, a los que previsiblemente nadie pondrá ninguna objeción, pueden representar una buena sombra para el verano o los postes de una eventual portería para la práctica del fútbol, con lo que el conflicto entre los adolescentes y la población adulta por el uso del espacio, si no se pone ningún remedio, está garantizado (MONTAÑÉS, 1993).

Incluso aunque la discrepancia perceptiva no sea considerable, aunque el significativo se encuentre ampliamente cristalizado entre la sociedad, y, por tanto, la polisemia sea mínima -y decimos mínima, pues es imposible hacerla desaparecer por completo, dado que toda denotación no es más que una de las múltiples connotaciones: ya en los principios de los tiempos se hablaba de los principios de los tiempos-, e incluso se ofrezca a la población la posibilidad de elegir individualmente entre vario proyectos, tampoco se garantiza, que a través de la participación, vía elección, se satisfagan los deseos y necesidades sociospaciales de la población.

Veámoslo con un par de ejemplo. Supongamos que se pide a los habitantes de una localidad que entre tres opciones (diseños) se decanten por uno. Si un diseño obtiene el respaldo de cuatro vecinos -pónganse la misma cantidad de ceros que se quiera a la derecha aquí como en las otras opciones-, otro el respaldo de tres y un tercero el respaldo de dos y se decidiese ejecutar el proyecto primero (el que ha obtenido una mayor puntuación), siempre alguien podrá decir que el número de personas que no han visto satisfecho sus deseos paisajísticos es mayor que el número de las que sí lo verán cumplido. Para eludir este contratiempo, puede proponerse que las opciones no sean excluyentes. Puede proponerse que valorem, según sus preferencias, como cuando se valora, por ejemplo, a los líderes políticos, con un tres el diseño que más les agrada, con un dos, el que les gusta regularmente, y con un uno el que menos les gusta. Como se verá seguidamente, tampoco este modo de proceder habilita una solución satisfactoria. Situémonos en un municipio de 4 habitantes (colóquese a la derecha del tres los ceros que se quiera) a los que se les pide que elijan entre tres diseños urbanísticos (A, B y C). A la opción A, dos personas le otorgan un tres, y otras dos un uno; a la opción B, una le otorga un tres y tres le otorgan un dos; y, finalmente, a la opción C, una persona le otorga un tres, otra un dos y dos personas un uno. Si el criterio para elegir el diseño es el de seleccionar aquel que obtenga una mayor puntuación, sería la opción B la que se debería elegir.

Dado que la opción B ha obtenido 9 puntos, mientras que la opción A ha obtenido 8 puntos y la opción C ha obtenido 7 puntos, se podría afirmar que la población prefiere la opción C a la B y a la A. Sin embargo, el que la suma de las puntuaciones sea mayor no necesariamente ha de significar que la opción B satisfaga al mayor número de personas. Si miramos el cuadro adjunto podemos observar que hay más personas que prefieren la opción A a la opción B. La suma de las decisiones individuales no necesariamente se corresponde con las decisiones que se visualizan al estructural grupalmente las decisiones adoptadas.

	OPCIÓN A	OPCIÓN B	OPCIÓN C
HABITANTE a	Tres (3)	Dos (2)	Uno (1)
HABITANTE b	Tres (3)	Dos (2)	Uno (1)
HABITANTE c	Uno (1)	Dos (2)	Dos (2)
HABITANTE d	Uno (1)	Tres (3)	Tres (3)
	Ocho (8)	Nueve (9)	Siete (7)

Si realmente se busca satisfacer los deseos socioespaciales del conjunto de la población, se ha de poner en marcha una estrategia participativa que vaya más allá de la simple consulta mediante la cual se somete a la decisión de la población diversos diseños, elaborados previamente en los despachos de alguna empresa constructora. Se ha de facilitar los medios para que sea la propia población la que elabore propuestas transformadoras. En definitiva, se ha de pasar de la elección a la elaboración participada.

La participación, por tanto, no puede quedar únicamente en elegir entre diversas opciones sino en ser alicuotaparte de un proceso creativo donde se adquiera un compromiso y una responsabilidad que implique la movilización y la accesibilidad a la gestión de los recursos disponibles para crear o transformar su medio ambiente. La idea de participación la entendemos aquí como una necesidad humana que deriva, o que es equivalente, a la satisfacción de la necesidad de integración (ser parte de) y que en términos de optimización viene a implicar una práctica por parte del sujeto (Sujeto-en-Proceso) basada en cierta capacidad estimativa⁸ y autonomía crítica por parte del Sujeto (tomar parte en), de capacidad de propuesta y de decisión. Es, en definitiva (la participación), una dimensión de la “Calidad de Vida”.

Nos situamos en el ámbito de la proxemia⁹, ciencia por medio de la cual podemos entender que la apropiación del espacio y la participación social y política en el mismo, sólo puede darse en condiciones de proximidad, es decir, de un modelo urbano de escala humana. La participación ira perdiendo intensidad, densidad y continuidad a la vez que las relaciones van perdiendo esos mismos niveles de profundidad, que a su vez van perdiendo parte de su esencia cuando el ámbito de referencia sea de mayor dimensión. Nos situamos así en el marco de un estado relacional.

Al igual que para conocer la eficacia de un anuncio, hay que tener en cuenta que los consumidores mantienen una interacción entre ellos, que ha de ser cuidadosamente sopesada antes de lanzar cualquier producto al mercado, del mismo modo es necesario conocer tanto la estructura grupal que se articula en torno a una problemática medioambiental determinada, como los factores que intervienen en la percepción espacial de la población. Si no se hace así es probable que tenga lugar, utilizando el término acuñado por Lefebvre, la apropiación¹⁰ por determinados grupos del espacio para darle un uso diferente al inicialmente previsto en el diseño. Los soportales (espacios diáfanos) garantizan no tener que padecer los ruidos propios de cualquier actividad comercial instalada debajo de la vivienda, pero también la población indigente o los jóvenes que carecen de centros donde reunirse pueden hacer de los soportales sus centros de reunión en los que, entre otra cosas, harán alguna que otra fogata para calentarse en los días fríos de invierno.

No tener en cuenta los criterios que guían las valoraciones, ni las estructuras que se articulan en torno a la problemática socioespacial objeto de interés es lo que

explica, en gran medida, el que una opción mayoritariamente elegida no obtenga la máxima puntuación. Pues se ha de saber que el procedimiento mediante el cual se valoran los diferentes diseños entraña una peculiaridad: las personas que valoran (que miden) son consideradas unidades del sistema de medida empleado por una tercera persona, pero, a su vez, la medición mide (valora) a las propias unidades de medida, y, asimismo, cada persona es un sistema de medida. Como unidades son empleadas para medir tantas veces como objetos (diseños) sea preciso medir. Si bien, en la medición, las personas, al decantarse por una u otra opción, quedan posicionadas como afines, diferentes, contrarias o ajenas de otras personas. Y, por último, como sistema de medida, cada medida efectuada marca una particular relación entre sujeto y objeto no susceptible de ser comparada mediante una métrica extensiva con otras mediciones realizadas.

Cuando las personas son utilizadas como unidades de un sistema, las comparaciones de las mediciones efectuadas nos permite afirmar que objeto mide más que otro. Cuando las personas son utilizadas como unidades carece de sentido agrupar en una cantidad las dimensiones alcanzadas por dos o más objetos, del mismo modo que resultaría carente de sentido decir que las sumas de las alturas de dos personas es mayor que la de una sola. Al utilizar el mismo instrumento de medida para medir la altura de distintas personas sólo tiene sentido decir que persona es más o menos alta que otra. Sin embargo, si contemplamos el posicionamiento de la población sí resulta útil conocer la estructura que se configura a propósito de la participación en la elección de un diseño paisajístico. Pero el acceso al conocimiento de esta estructura no nos lo proporciona la simple agrupación de las personas según se adhieran a uno u otro diseño. Agrupar las elecciones individual nos permite conocer el tamaño de cada grupo pero no las relaciones que mantienen entre sí. De ahí que en el primer ejemplo se pueda afirmar que si se realiza la opción que alcanza un mayor número de adhesiones se habrá ejecutado el proyecto que menos rechazo concita, como también se puede afirmar que habrá más personas que no habrán visto satisfecho sus deseos paisajísticos que personas que si lo verán cumplido. Y, por último, cuando cada persona es considerada un sistema de medida se ha de proceder no a conocer la medidas del objeto sino a medir la medición, esto es, a dar cuenta del procedimiento seguido para medir (para valorar) de un modo y no de otro. Cuando no se hace así, que lamentablemente es la mayoría de las veces, se está expresando en una misma unidad de medida las mediciones efectuadas con unidades de medida de diferente naturaleza. Es como si para medir una serie de objetos se utilizara una veces una cinta métrica, otras una báscula, otras un amperímetro, etc., y todas la mediciones quedarán expresadas en centímetros.

Es por ello por lo que es necesario conocer tanto los procedimientos que orientan la elección como las estructuras que se configuran en relación a determinada transformación espacial. Si bien, como comentamos antes, las estructura no puede

construirse al agrupar las adhesiones individuales sino que se ha de partir del posicionamiento de los propios grupos.

Las necesidades y deseos grupales no son iguales a las necesidades y deseos de los individuos agrupados según su grado de afinidad.

LA PARTICIPACIÓN COMO “ENCUENTRO”¹¹ Y COMO “CONVERSACIÓN” EN LA PRODUCCIÓN DE CONOCIMIENTO Y DE PROPUESTAS SOCIOESPACIALES

Proceder a conocer el contenido y las formas que los diversos grupos tienen de articular la realidad socioespacial, para así, conociendo las relaciones paradigmáticas (metáforas) y las relaciones sintagmáticas (metonimias) que se estructuran en torno a los diseños, elaborar uno nuevo que satisfaga al conjunto de la población refleja cierto reconocimiento de humildad, al considerar que el diseño urbano, parafraseando a Keynes (en referencia a la economía y los economistas), es una cosa tan importante que no hay que dejarla en manos sólo de los arquitectos y demás profesionales del urbanismo. Sin embargo, no es suficiente, ya que como se ha dicho anteriormente no percibimos impresiones sueltas, sino que asociamos elementos que están próximos en el tiempo o/y en el espacio. Es más la apreciación de un espacio urbano comprende mucho más que una estructuración, según los sencillos principios de organización representados por los factores formales. La percepción paisajística nunca es pasiva, es siempre el resultado de una construcción en la que el todo no es el resultado de las sumas de las partes. Es más, cada parte no se percibe (no es valorada) de manera independiente sino que es valorada en su condición de parte del todo. Decantarse por una farola postmoderna o de estilo fernandino vendrá condicionado por el entorno en donde se tenga prevista instalarla. Siendo la percepción construida hologramáticamente, cualquier modificación de los diseños previstos, puede que satisfaga al que los ha elaborado pero no necesariamente a los grupos a los que se les ha solicitado su valoración. Al restringir la participación a la elección, únicamente el técnico conoce los posicionamientos de los diversos grupos respecto a los proyectos elaborados, pero desconoce los posicionamientos sobre proyectos posibles, que cada cual tiene en su cabeza y que en las múltiples interacciones que tienen lugar en las redes sociales, en la que no encontramos, podemos (y de hecho lo hacemos) dar a conocer, pudiéndose, en consecuencia, crear una corriente de opinión desfavorable a diseño elegido. Se puede decir que de esta manera se garantiza elegir el menos malo pero no el mejor o de mayor agrado.

Habitualmente el diseñador ejerce de sujeto transcendente observando y no siendo observado. Quien diseña incorpora o sustituye cuantos elementos cree que pueden contribuir a mejorar el espacio urbano. Extrae información de la población y

devuelve neguentropía (forma). Para que el conjunto de la población también pudiera reenviar neguentropía, tendría que ponerse en la mismas sintonía a todos los interesados en la transformación paisajística: a los representantes de la administración, a los técnicos y a los vecinos (atendiendo a los distintos niveles de conciencia y participación ciudadana: base social, sectores activos, grupos animadores y grupos funcionales), para que, de este modo, todos puedan observar, al tiempo que son observadas sus respectivas observaciones. Sintonizar, en este sentido, no significa, pues, que necesariamente todos compartan los mismos intereses y deseo de transformación, sintonizar consiste en habilitar puntos de encuentro dialógicos en donde se pongan de manifiesto, con ánimo de construir “conjuntos de acción”¹², las ideologías medioambientales de unos pugnando por convertirse en la *lógica* para todos. Si se quiere, utilizando una terminología radiofónica, sintonizar, es compartir la misma frecuencia. Para elaborar un diseño que satisfaga al conjunto de la población no es suficiente con recabar información, es necesario poner en marcha una estrategia (estrategia y no un programa cerrado) en la que se propicie la participación de la población en la producción del espacio urbano. En definitiva, **si realmente se quiere hacer partícipe a la población en la transformación del espacio urbano se ha de propiciar la conversación** entre todos aquellos que tengan algún interés en la transformación del espacio urbano, para que de este modo no sean siempre los mismos (los hombres blancos, adultos y propietarios del capital) los que produzcan los referentes y los conceptos que hacen referencia al espacio urbano. **Participar en la transformación espacial es poder participar en la conversación espacial.**

La conversación ha de articular tanto la producción de conocimiento como la formulación de propuestas de manera participada. De esta manera se acabará con la segregación entre quienes son sujeto de y quienes son objeto de conocimiento, así como entre quienes planifican y actúan y quienes disfrutan o padecen las actuaciones emprendidas.

Para que la conversación, con la que propiciar la transformación espacial, tenga lugar, se requiere compartir, al menos, las siguientes consideraciones.

Una. Para que tenga lugar la conversación no es suficiente con que varias personas hablen entre sí. Cuando uno habla y otro responde no hay conversación. Para que pueda tener lugar la conversación, se ha de aceptar y propiciar que el papel de destinador y destinatario se intercambie continuamente. En este sentido, la entidad promotora de la transformación espacial ha de aceptar y poner los medios para que todos los participantes además de responder puedan formular preguntas. La participación en la conversación no puede consistir simplemente en poder asistir a las reuniones, y, por supuesto, en modo alguno, aunque alguno lo pretendan, reducirse a asentir. La población ha de ejercer la libertad de expresión en el amplio sentido de la misma. La libertad de expresión no sólo nos remite a la libertad para hacer uso de la

palabra o cualquier otro medio que nos permita emitir discursos, sino que también comprende el deseo de dejar de ser reo, preso (ex-preso), para de esta forma, libremente poder participar en la toma de decisiones. Toda libertad de expresión que no comprenda (esto es, que no entienda, no contenga y que no extienda) la capacidad de participar y de decidir en la parte alicuota de las decisiones que afecten a la transformación medioambiental es mera retórica.

Dos. La conversación puede darse entre iguales sin más pretensión que la que se deriva de la capacidad expresiva de toda interacción humana. Pero lo que no se puede (o al menos no se debería) es convocar a la población a la participación en una conversación de carácter instrumental a la que finalmente se le sustrae esta dimensión y ni siquiera queda convertida en una de carácter expresivo (al menos si hay fiesta la gente puede que repita). Esto es lo que explica, o al menos ayuda a explicar, la escasa participación de la población en algunos encuentros a la que es convocada. La población si no encuentra ningún aliciente asociado con la convocatoria -como puede ser el salir en televisión, hacer amistades, o adquirir conocimientos sobre el tema en cuestión- y por otra parte, lo hablado queda a título de inventario, dado que, en muchas ocasiones, se carece de presupuestos económicos, de medios y de recursos humanos con los que propiciar los cambios que se han abordado en los debates, es comprensible que se muestre reacia a participar en encuentros.

Tres. Toda conversación es una negociación con la que se propicia la invención al articular lo nuevo en lo conocido. Tras una larga conversación ninguna de las personas que la inició es la misma, uno se ha reinventado al otro y el otro se ha reinventado al uno, y el uno se ha reinventado al otro que el otro se había reinventado del uno, y el... También para crear nuevas realidades espaciales se ha de articular lo nuevo en lo conocido, por consiguiente, se ha de acotar un espacio referencial socialmente cristalizado sobre el que proponer los cambios a realizar. Si no es así puede que hablando de cosas diferentes se crea estar hablando de lo mismo. Por ejemplo, como se sabe, los límites de los barrios sociológicos no se corresponden con los de los barrios administrativos.

Quienes asuman estas consideraciones estarán en disposición de participar en el proceso conversacional. Siendo, obviamente, quienes inicien la conversación quienes ya previamente han conversado sobre el espacio urbano o sobre otras cuestiones relacionadas con la mejora de la ciudad. Para propiciar el aumento del número de conversadores se ha constituir un “*ámbito de encuentro*”¹³ (en donde participen los representantes de la administración, los técnicos y los *mediadores* del tejido social formal más proclives a participar en encuentros) que se encargará del seguimiento, evolución y reelaboración periódica del desarrollo del proceso, así como de la dinamización social y de la puesta en marcha de investigaciones sociales participadas¹⁴ con las que hacer partícipe a la población en la formulación tanto de necesidades y

demandas socioespaciales como de respuestas con las que atender a las mismas. Este espacio de encuentro tiene que tener las puertas abiertas para la incorporación de nuevos actores sociales, es más se ha de proponer como uno de sus objetivos su propia ampliación. Para ello tiene que procurar dar a conocer el proceso iniciado mediante todo tipo de iniciativas: programas de radio, televisión, actos públicos, actividades lúdicas-festivas, etc., para que de este modo, tanto la población en general como el tejido asociativo que no tuviera conocimiento del proceso iniciado pueda incorporarse al mismo.

Pero, teniendo en cuenta lo que se decía más arriba, dadas la experiencias habidas, es probable que la población se muestre, si no reacia, si al menos, no muy animada a participar. Para afrontar esta contingencia se ha de aplicar el viejo aforismo de “si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma”. Se ha de intentar conocer los nexos y los contenidos de los vínculos entre el tejido social formal e informal, dado que en las redes sociales se produce y reproduce la información. Si bien, conviene tener presente que las redes no son canales fijos por donde, cual góndola, circula la información. Las redes se estructuran en torno a problemáticas concreta. Las redes se modifican al interpretar la realidad que interpreta la redes, y así indefinidamente se fraguan las múltiples identidades colectivas. En definitiva, el conocimiento de las redes nos ha de ayudar a **articular redes con las que conocer redes que articulen conjuntos de acción lo más densos posibles, esto, es, lo más amplios y que con mayor intensidad posible aúna a los afines con los diferentes e incluso con los ajeno para oponerse a los antagónicos.**

Para facilitar la formación de Conjuntos de Acción se ha de recurrir a la Dialógica Informativa, en la que se reenvía a la población la información obtenida al triangular los discursos de la administración, el diverso tejido formal e igualmente diversa base social respecto a la problemática socioespacial. Encuentros participativos de creatividad social, asambleas sectoriales y territoriales, convocadas al efecto, facilitarán el intercambio, de manera constante, de los papeles sociales. Antes los técnicos observaban y no eran observados, ahora todo puede observar la observación de los otros y la suya propia, iniciándose, así, un proceso reflexivo en el que todos infieren su particular sentido a las propuestas de transformaciones espaciales que unos y otros formulan al tiempo que enuncian las suyas propias. Cada propuesta, entonces, propicia la formulación de puntos de identificación grupal que no nos alejan o nos acercan dos o tres veces de otros puntos sino que favorecen, dificultan o impiden la construcción de otros nuevos. De esta manera comienza la creación, sin final, tanto de ciudad como de ciudadanos, pues se ha de tener en cuenta que quienes participan en los procesos de transformación de la ciudad quedan transformados al participar en el proceso de transformación de la ciudad.

NOTAS

1. Manuel Montañés es profesor en la Universidad de Valladolid y miembro de la dirección del Master en Investigación Participativa para el Desarrollo Local de la Universidad Complutense de Madrid. Julio Alguacil es profesor de sociología en la Universidad Carlos III de Madrid.

2. En definición de Pablo Navarro, “la transducción epistémica mediante la que se pone de manifiesto esa <<transpenetración>> existente entre sistemas de distinto género ontológico, consiste básicamente en lo siguiente: los fenómenos típicos de un cierto dominio ontológico son sometidos a una reinterpretación en los términos de los fenómenos característicos de otro dominio diferente. Cuando esos fenómenos peculiares de los dos dominios se representan por medio de sendos sistemas, el proceso de transducción epistémica asocia a los componentes del sistema correspondiente a uno de los dominios una reinterpretación en los términos de los componentes del sistema correspondiente al otro dominio” (NAVARRO, 1997: 121).

3. La praxis la entendemos en su sentido marxista y dialéctico, es decir la praxis es la acción sobre la acción, o la ampliación de la acción, implica conocimiento y conciencia de la acción. La praxis es la capacidad transformadora de la propia acción humana transformando al sujeto que transforma. De acuerdo con Morin, la praxis concierne a las acciones que se generan en la organización activa a su vez generada por la acción (MORIN, 1993: 184-185).

4. De acuerdo con John Friedman, “la planificación, definida como el vínculo entre conocimiento y acción en el ámbito público, podría aplicarse a dos tipos de acción, centradas, respectivamente, en la orientación social y en la transformación social. Ambas formas de planificación son necesarias para el perfeccionamiento de la sociedad...la planificación no tenía que estar centralmente localizada, e, incluso, la planificación en el ámbito público podría originarse en cualquier parte, incluso en la sociedad civil. La planificación, por tanto, no era, en principio exclusivamente una función del Estado. Y así, la objeción básica de que la movilización social no tiene nada que ver con la planificación debe rechazarse; no comprende que los movimientos de oposición son esencia para una sociedad saludable...” (FRIEDMAN, 1991: 321).

5. Según R. Ledrut, “la estructuración sociológica de la ciudad, tiene lugar a través de un proceso doble, en el que mientras por una parte la colectividad se individualiza respecto a todo lo que le rodea, por otra esa colectividad va conformándose interiormente. Estos dos fenómenos están estrechamente ligados entre sí. Llamaremos desestructuración al fenómeno inverso. La división interna no indica necesariamente, bien al contrario, la existencia de fenómenos desestructurantes. En realidad, la diferenciación no es más que un aspecto de la organización interna” (LEDRUT, 1987: 115).

6. “Ningún ojo humano -señala Lewis Mumford- puede abarcar ya esa masa metropolitana de un vistazo. Ningún punto de reunión, excepto la totalidad de las calles, puede contener a todos sus ciudadanos. Ninguna mente humana comprende más que de forma fragmentaria las actividades complejas y especializadas de sus ciudadanos” (MUMFORD, s/f “La cultura de las ciudades”) citado por Naredo (1994: 241).

7. La noción de poder la entendemos aquí no como un atributo, sino como un sistema de relaciones entre posiciones estratégicas diferenciadas. Esas relaciones son, por tanto, posiciones

sociales en la estructura social que implican una pluridimensionalidad del concepto mismo en función de que las posiciones de los sujetos, grupos, instituciones, se sitúen en unos niveles u otros, en unos sectores u otros, en unas escalas u otras. Consecuentemente, la participación es también un fenómeno pluridimensional que al referirse a distintos planos y esferas de la sociedad presenta distintas formas y contenidos. En todo caso, se trata de establecer una continuidad entre las escalas y, por tanto, entre las formas de participación, de forma que se puedan entender como convergentes y no como contrapuestas.

8. Vamos a entender la “capacidad estimativa” del sujeto de un forma particular, y siempre dentro del sentido dado a la “autonomía crítica”, esto es, como el nivel de conciencia adquirido a través del acceso al conocimiento (de continua adaptación al medio, a los recursos y a las condiciones) y a los procesos de comunicación fluida (de reciprocidad en la relación con otros sujetos).

9. La proxémica establece el interés por la vida cotidiana como esfera que conjunta espacio (autonomía y dependencia del entorno) y comunicación relacional (identidad y alteridad) (MOLES, 1990). La proxemia despeja la interacción del sujeto con su medioambiente y la influencia de éste en su relación con el resto de los sujetos en interacción como el mismo entorno. La proxemia clarifica la distinción entre el “lugar” (pertenencia e identidad más relación) del “no-lugar” (no-identidad, no-relación) (AUGE, 1993). El “lugar” (por ejemplo, un vecindario) implica accesibilidad a la diversidad de las funciones urbanas y fácil legibilidad del espacio urbano, el “no-lugar” (por ejemplo un aeropuerto) implica movilidad y difícil legibilidad del espacio urbano.

10. La apropiación es un proceso complejo en el que el sujeto se hace asimismo a través de sus propias acciones en el marco de la vida cotidiana, viene acompañada de otros procesos cognitivos, afectivos, simbólicos y estéticos que muestran la convergencia de la forma y su contenido en la recreación de un “lugar” de mutua confianza. Implica un proceso de sociabilidad que se traduce en praxis. Al respecto Lefebvre dice que la práctica de la apropiación del tiempo y del espacio para el ser humano es la modalidad superior de la Libertad (LEFEBVRE, 1980). Para Lefebvre, el reverso de la apropiación es la alienación, si determinados procesos de apropiación conllevan a la vez procesos de alienación para otros colectivos residentes en ese espacio, ello es un indicativo de la existencia de determinado grado de insatisfacción. La insatisfacción urbana incrementa la percepción de las diferencias sociales (KELLER, 1971). En ese sentido, la participación es la vieja receta para atemperar los elementos que incrementan la insatisfacción urbana, y, por ende, la conflictividad entre distintos sectores sociales que comparten el espacio.

11. La estrategia de los diversos agentes y organizaciones sociales (del medio institucional o del tejido social) proclive al establecimiento de procesos de democracia participativa a distintos niveles y a través de múltiples combinaciones: de presión social, de negociación, de cooperación, de autogestión, de cogestión... llevan a actitudes dialógicas, de reconocimientos de distintos roles en interacción entre las administraciones públicas y la comunidad urbana. El “encuentro” entre ambas, que por otro lado no significa omitir o renunciar al conflicto social, pero sí es una apuesta por el diálogo, en definitiva por el consenso, es un proceso de reconocimiento y autoeducación mutua -entre lo público y lo comunitario- en base a la cual es posible desarrollar la “praxis urbana”.

12. La estructura del tejido social cumple sus funciones movilizadoras y activas si es capaz de proyectarse en un “conjunto de acción”, que en determinados momentos y ciclos contextuales en el que la comunicación (“dar forma a”, el “informar-informarse de”) fluye horizontalmente y verticalmente en una estructura reticular de niveles de conciencia que es capaz de transformarse en praxis.

13. Consejos municipales, comisiones, agencias de desarrollo local, etc., donde el reconocimiento y promoción de las iniciativas sociales, y del Tercer Sector en su conjunto, aparecen como un requisito de innovación imprescindible para el desarrollo de procesos de cohesión social, de corresponsabilidad, y en definitiva de optimización de la Calidad de Vida en la ciudad. Reforzar el tejido social significa reforzar el tejido asociativo en su vertiente de incrementar su capacidad y competencia para (auto)gestionar (o co-gestionar) los servicios, equipamientos y espacios urbanos, en un contexto de nuevo modelo urbano a escala humana. No obstante, todo ello requiere de una renovada cultura de la intervención pública que venimos apuntando pero que sería motivo de otro trabajo.

14. Para ampliar información sobre la investigación social participada proponemos para su consulta los siguientes textos: VILLASANTE, MONTAÑÉS y MARTÍ, 2000; VILLASANTE, MONTAÑÉS y MARTÍN, 2001; MARTÍN, MONTAÑÉS, GUTIÉRREZ, 2002: capítulo VI; y MONTAÑÉS, 2003: 200-204.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACEBO, E. del (1993): *Sociología de la ciudad occidental -un análisis histórico del arraigo-*. Claridad, Buenos Aires.
- AUGÉ, M. (1993): *Los no lugares: espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Gedisa, Barcelona.
- FRIEDMAN, J. (1991): *Planificación en el ámbito público*. INAP, Ministerio para las Administraciones Públicas, Madrid.
- IBÁÑEZ, J. (1991): *El regreso del sujeto. La investigación social de segundo orden*. Amerinda estudios, Santiago de Chile.
- JAMESON, F. (1989): *Il postmoderno, o la logica culturale del tardo capitalismo*. Garzanti, Milán.
- KELLER, S. (1971): *El vecindario urbano*. Siglo XXI, Madrid.
- LEDRUT, R. (1987): *Sociología Urbana*. Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid.
- LEFEBVRE, H. (1980): *La revolución urbana*. Alianza Editorial, Madrid.
- LYNCH, K (1969): *La ciudad como medio ambiente*. Alianza Editorial, Madrid.

- MARTÍN, P., MONTAÑÉS, M. y GUTIÉRREZ, V. (2002): *La planificación comunitaria. Teoría y Experiencias* en Gobiernos Locales y Redes participativas (BLANCO, D. y GOMÁ, R.; Coords.). Ariel, Barcelona.
- MAX-NEEF, M; ELIZALDE, A, et. al. (1986): *Desarrollo a escala humana -una opción para el futuro-*. Development Dialogue, número especial. CEPUR et Fundación Dag Hammarskjöld. Uppsala, Suecia.
- McLUHAN, Marshall (1964): *Understanding Media*. McGraw-Hill, Nueva York.
- MOLES, A. (1990): *El Kitsch. El arte de la felicidad*. Paidós, Barcelona.
- MONTAÑÉS, Manuel (1993): *La transformación de un espacio urbano* en Espacio y Cultura (LISÓN ARCAL, José C.; editor). Editorial Coloquio, Madrid.
- MONTAÑÉS, Manuel (2003): *Poder y ciudadanía* en Campos de juego de la ciudadanía (AGUILAR, T. y CABALLERO, A. (Coords.)). El Viejo Topo, Barcelona.
- MORIN, E. (1993): *El método. La naturaleza de la naturaleza*. Cátedra, Madrid.
- MORRIS, D.; HESS, K. (1978): *El poder del vecindario, el nuevo localismo*. Gustavo Gili, Barcelona.
- MUNFORD, L (s/f): *La cultura de las ciudades*. EMCE, 3 Tomos, Buenos Aires.
- NAREDO, J. M. (1994): *El funcionamiento de las ciudades y su incidencia en el territorio*. En *Ciudad y Territorio -Estudios Territoriales-* Vol. II, nº 100-101: Región y ciudad Eco-lógicas, pp. 233-250. MOPTMA, Madrid.
- NAVARRO, P. (1997): *Objetividad social, subjetividad social, y la noción de complementariedad teórica en sociología*. En VV.AA. (1997): Niklas Luhmann. *Hacia una teoría científica de la sociedad*, pp. 114-125. *Anthropos* nº 173/174, Barcelona.
- RAPOPORT, A. (1978): *Aspectos humanos de la forma urbana*. Gustavo Gili, Barcelona.
- RODRÍGUEZ-VILLASANTE, T.; ALGUACIL, J.; DENCHE, C. (1989): *Retrato de chabolista con piso: Análisis de redes sociales en la remodelación de barrios de Madrid*. En *Cuadernos de Vivienda, SGV/IVIMA/Alfoz*, Madrid.
- VILLASANTE, Tomás R., MONTAÑÉS Manuel, y MARTÍ, Joel (2000): *La investigación social participativa. Construyendo ciudadanía/1*. Viejo Topo, Barcelona.
- VILLASANTE, T. R., MONTAÑÉS M., y MARTÍN, P. (2001): *Prácticas Locales de Creatividad Social. Costruyendo ciudadanía/2*. Viejo Topo, Barcelona.